

## Un vistazo irreverente a las piedras talladas

Desde la antigüedad ha existido la costumbre de que personas u organizaciones poderosas dediquen parte de sus recursos a apoyar la cultura. Aunque los críticos dicen que unas monedas para la cultura acallaban las conciencias de los antiguos déspotas y de las actuales transnacionales, creo que se trata de críticas exageradas.

Afortunadamente esta costumbre ha sido adoptada también en el país, aunque no con el complejo desarrollo que tiene por ejemplo en Europa y los Estados Unidos.

Un ejemplo de apoyo a la cultura por un ente no cultural, es que acaba de aparecer, financiado por el Instituto Nacional de Seguros, **Lítica Precolombina**, de Sergio Chaves y Amalia Fontana. Los autores intentan allí rescatar información arqueológica muy necesaria por una razón sencilla: la mayoría de las piezas arqueológicas de Costa Rica han salido a la luz ilegalmente, perdiéndose toda la rica información que una excavación científica puede producir. Sin embargo, si se comparan los artefactos carentes de datos con los obtenidos correctamente, es posible ubicarlos geográficamente y en grandes periodos históricos. La colección del INS fue comprada con base en criterios estéticos, que probablemente han dado paso a otros más científicos conforme los encargados han mejorado su nivel profesional. El análisis de 750 piezas de piedra incluye tres periodos, el de recolectores y cazadores (anterior al 2000 AC), y los periodos agrícola temprano (de allí al 400 DC) y tardío (hasta el siglo XV).

El libro muestra que los primeros costarricenses eran gente práctica, que usaba la piedra volcánica común como materia prima para el menaje de cocina, y solo buscaba materiales escasos para fines menos prosaicos como cazar elefantes o aplastarle la cabeza a sus compatriotas.

Curiosamente, las primeras puntas de proyectil eran de dos tipos, «clovis» y «cola de pescado», lo cual confirma que realmente éramos el centro de América (culturalmente). En la primera etapa agrícola había desde hachas burdamente talladas, que mostraban la señal del fabricante como en algunas esculturas modernas, hasta otras primorosamente pulidas.

Al volverse complejo el sistema social en el último periodo, los símbolos religiosos y sexuales alcanzan un nivel que no tiene nada que envidiarle a lo que ofrece el San José actual. Las masas de guerra comenzaron a tener hermosos adornos que seguramente dejaban un curioso sello en las víctimas. Así no me extrañaría que algún arqueólogo se encuentre un cráneo con un hermoso zopilote «tatuado» en relieve, o incluso con la simbólica marca de un ayotazo (pieza No. INS-6110).

Tal vez lo más llamativo del estudio es que los metates del Pacífico Norte eran mucho menos resistentes, por su grosos que los del resto del país. ¿Será que al igual que los ricos actuales que se comen el lomito, los guanacastecos de antaño se comían el maíz más suave?